

Hemos perdido todo: desde el carnaval a la política aquella, pintada sobre un lienzo dignificado por un fondo de lanzas; desde el tango de verdad hasta la modestia nacional. Y la idea —atroz idea, noción rioplatense, porteñismo colado en nuestra crédula alma aldeana— de que el Uruguay es, ¡Santo Dios!, el mejor país del mundo, nos persigue uno a uno cada noche hasta convencernos a todos de que es así. Y tal vez lo sea, aunque no parecería esto en todo caso un motivo para adoptar la bartola por bandera y el andá cantarle a Gardel por serenata. Que es lo que día a día hacemos, entre buches cada vez más espesos de esta Coca-Cola que nuestros abuelos habrían escupido, entre lecturas de telegramas de estas Naciones Unidas que nuestros abuelos, con su analfabeta dignidad de patriarcas, hubieran ignorado, entre estos costos de la vida y subas de salarios que nos materializan un poquito más cada hora el ya de por sí material y vertiginoso sustento de cada día.

Se acabaron las guitarras abajo de los parrales. Se acabaron los guapos. Se acabaron los faroles a querosén. Y está bien que así sea. Pero nada vino después. Y al hombre se le quedó endurecido en la mano, como un cuerpo extraño, el gesto aquel imprescindible con que solía darse vuelta el bigote como quien da vuelta una esquina. Y ese gesto molesta, y hace mal adentro del cuerpo. Y nos envenena la sangre. Y por eso hay tanta histeria desahogada por ahí, bajo las mil formas atroces de la histeria: desde el mal gusto, hasta la intolerancia, hasta la manía de juzgar erigida en pasatiempo social. La mujer también perdió su gesto. En algunas, cuando salen muy bonitas, pervive, como un fluido, algo de aquel levantarse la larga falda, adelantando el zapato, para pisar el escalón.

La ciudad misma toda se ha como desvanecida bajo la bocanada gris de vaya Dios a saber qué maldición de los tiempos. Y por eso sus parques, donde antes paseaban los Ministros, sirven hoy sólo para que tomen sol los pibes, incapaces de hacerlo en sus casas como jaulas. Aquella institución del 900 que fueron los bancos de las plazas, frecuentados un día por las personalidades de la ciudad, son hoy el refugio, la cama de los atorrantes sin domicilio fijo. El buen tono se separó de la calzada y de la vereda, como por una alergia mutua. Y las puntas de la sociedad, desencontradas para siempre, han abierto el agujero por donde las de arriba caerán fatalmente hacia abajo. Era justo, era arbitrario sin duda aquel mundo que pasó. Pero al cambiarlo por esta porquería es evidente que se perdió plata. Una plata que nunca sabremos dónde está.

15 de diciembre de 1950

1950-60, ó el subte que se nos viene encima

Al cerrar con la presente crónica la serie de notas consagradas desde esta página a reseñar lo vivido durante lo que va del siglo, nos gustaría formular algunas convicciones fundamentales. La inercia de una

civilización asentada sobre la adoración de la realidad sucedida e inmodificable, ha hecho del periodismo universal la más baja e inservible de las actividades; convertido en vehículo de registrar lo que ya no tiene cura ni remedio, condenado a la fría información de cosas pasadas, el periodismo no tiene siquiera la posibilidad de beneficiarse con lo que de elevado y de noble hay en el estudio de ese pasado. En efecto: a diferencia de las flores, el pasado sólo despide perfume a la distancia. Pero lo reciente, lo de ayer y antiyer, lo de la semana pasada en el río Yalú y lo de anteanoche en el Estadio Centenario, es como tierra gris con la cual nadie puede hacer milagros.

Algún día el mundo presenciara la rebelión de los periodistas. Y entonces, éstos reivindicarán lo que su oficio tiene de sagrado: de parecido con el oficio de los profetas y con el de las adivinas de Kermesse...

1950 - 1960

La historia de estos últimos diez años transcurridos desde que el siglo cumplió la mitad de los suyos, figura por cierto entre las difíciles de reseñar.

Uno escribe, en efecto, la profusión de sucesos con algún relieve que nos conmovieron desde la Presidencia de Luis Batlle hasta hoy, y observa de manera casi inmediata que los cambios fundamentales escapan a esa nómina, como si lo verdadero y esencial se hubiera ido transformando con prescindencia de todo fenómeno visible, con independencia de los acontecimientos que llenaron un día y otro día la primera plana de los periódicos.

En lo que me es personal, y sin perjuicio de mejor opinión ajena, creo sin embargo que el primer hecho sociológicamente importante ocurrido en la década, se vincula con la imprevista extensión y popularización de la cirugía estética, popularización comenzada, si la memoria no nos engaña, allá por los finales de la Presidencia izquierdista de Andrés Martínez Trueba.

Sucedió con la cirugía estética lo que con tantos otros descubrimientos afortunados del hombre: motivos diversos retardaron su aplicación más allá de toda lógica. En efecto, conocida perfectamente desde décadas anteriores, el mundo, preocupado por problemas aparentemente más urgentes (como el del comunismo, como el de las dictaduras, como el del hambre), la fue relegando a un uso aristocrático, femenino y mínimo. Contribuyó a ello en gran parte la psicología viril de moda hasta hace unos años, que consideraba poco menos que prurito esencial de hombría el no mover un dedo para embellecerse.

La sonada conversión de José Stalin al catolicismo (1953) por obra de aquel misterioso misionero jesuita chino, llamado Mao-Tse-Tung, y luego el asesinato del Presidente de los Estados Unidos de América, Mr. Taft (1953, octubre), por dos fanáticos puertorriqueños, abrieron aquel bienio de relativa tranquilidad atómica, bélica y diplomática.

La cirugía estética dio por entonces, según todos recordarán, los dos grandes pasos que la convirtieron en herramienta de embellecimiento universal: 1º, la extensión de su uso, primitivamente limitado a la cara, a todo el cuerpo; 2º, su popularización entre los hombres, por hombres que fuesen.

La connotación se hace doblemente interesante si se piensa que, entre 1940 y 1950, la cirugía plástica se reducía, por lo general, incluso en las mujeres, a la simple corrección y disminución de la nariz. El resto del cuerpo se corregía mal que bien con el uso de artefactos más o menos empíricos, más o menos arcaicos, entre los cuales bastará citar los pintorescos soutiens, modeladores y fajas Divito, bisnietos del corsé de hierro.

El bisturí barrió con todas estas vetusteces. Damas hubo de nuestra primera sociedad, de las que todos los médicos querían sacar tajada. Pero la ciencia se impuso al fin en toda la redondez, perfeccionada a recorte limpio, del cuerpo humano.

Ganada esta batalla, poco costó después la conquista del varón. En 1955, Carlos Quijano; en 1956, el Ing. Manuel Rodríguez Correa y los escritores Julio Casal y Ramón Viña; en 1957, Obdulio Varela y el Dr. Regules, fueron, uno tras de otro, junto con la inmensa mayoría de los orientales, entregando sus cuerpos y rostros a la pléyade de cirujanos embellecedores, bajo el lema consabido de "Vivamos poco si no hay más remedio, pero por lo menos usemos caras comestibles".

La política

Bajo el imperio de regímenes sucesivos de izquierdismo creciente, hemos ido afirmando feliz y paulatinamente nuestra organización derechista durante la década estudiada.

La Presidencia de Martínez Trueba (1951-1955) terminó el ciclo de Gobierno Colorado, que llegó con ella a superar el lapso de 90 años.

No es necesario insistir mayormente sobre lo que fue aquel movimiento izquierdo - tradicionalista de 1954 y 1955, que llevó a la reconstrucción del Partido Blanco. La apoteósica serie de concentraciones en número creciente de pueblo blanco, realizadas en la Explanada Municipal bajo los auspicios de la juventud reconstructora, permitió al fin que el glorioso partido de Oribe, sobreponiéndose a sus problemas internos, se presentara con lema y forma únicos a las históricas elecciones de 1954. Movimiento auténticamente popular, su resultado fue la exaltación del Dr. Juan Andrés Ramírez a la primera magistratura, en la famosa fórmula Ramírez Presidente - Viña Vicepresidente - Julio Castro Intendente.

Inútil detallar los numerosos acontecimientos que hicieron señalable aquella presidencia. Limitémonos pues, en rápida retrospectiva, a destacar los más importantes.

REPATRIACION DE LOS RESTOS DE GARDEL. — Tuvo lugar en junio de 1955, al cumplirse 20 años de la muerte del mago inolvidable. Por gestiones comenzadas desde tiempo atrás, y con la feliz mediación del representante francés Doctor Angouleau, que reconoció la falsedad de los documentos que pretendían hacer de Carlitos Gardel un vulgar nacido en Francia, obtuvimos del General Perón el permiso para trasladar la urna del cantor a nuestro Cementerio Central. Allí reposan las cenizas de aquel gran artista, nacido un día de diciembre, según es notorio, en el Departamento de Tacuarembó.

FIRMA DEL TRATADO DE TURISMO. — La firma del Convenio uruguayo-estadounidense número 14, o de Turismo, tuvo lugar el 4 de julio de 1956. El día 5 fue ratificado de manera solemne por nuestro parlamento. La importancia de este tratado no puede ser exagerada. Culminó con él la serie de instrumentos ya suscriptos con el gran país del norte (de Amistad y Comercio, de Ayuda Militar recíproca, de colaboración en la Guerra de Albania, de colocación de excedentes de aviones y submarinos, etc., etc.).

Como resultado del tratado en cuestión y en cumplimiento de sus artículos, el Uruguay experimentó cambios y mejoras notables. Cabe señalar la construcción de los Little Niagara Falls en el Río Negro y de los New Lago di Como en el Departamento de Lavalleja, la instalación de las primeras reducciones de pieles rojas auténticas de Oklahoma en Cerro Largo (donde tan lucida intervención cupo a nuestro Instituto de Colonización), la adopción de nomenclatura en inglés para las calles de Montevideo, y el rompimiento de relaciones con Inglaterra, incorporada al bloque ruso a partir de 1954.

AVANCES LEGISLATIVOS. — La serie de reformas y progresos en nuestra legislación tuvo considerable auge. Sin espacio para más, consideramos de estricta justicia señalar cuando menos la importancia y practicidad de las leyes de matrimonio. Y en especial la de la Ley de Matrimonio Discontinuo (1956, marzo 18) y la de la Ley de Matrimonio por Año, por Mes, por Día y por Hora (1957, febrero 15). Por un proceso similar al seguido años antes con la oficialización de la quiniela, esta segunda Ley vino a contemplar con visión realista tendencias sociales de notoria comprobación, canalizando así corrientes que una vieja moral consideraba como contraproducente sin que, por supuesto, lo fuesen.

Otro texto legislativo cuya resonancia y consecuencias excelentes no pueden exagerarse nunca lo suficiente, fue el de la Ley 27.093, de 14 de mayo de 1957, por la que se fusionaron la Comedia Nacional y la Cámara de Diputados. El procedimiento, observado años antes para la UTE y la RIONE, dio resultados notables también en este caso. Durante la primera temporada fueron representados, con éxito vario pero en un nivel de decoro general bastante saludable, "Hamlet", "El Rey Lear" y el Presupuesto General de Gastos.

El Subte

Con todo, el gran acontecimiento de la década fué "el Subte", o por mejor decir, "el Sute". En realidad, maldito si Montevideo necesitaba

un "sute". El problema del transporte podría haberse solucionado de mil maneras distintas, bien sea llamando de nuevo a los jueces ingleses para entregarles a Amdet, bien sea colocando en cada ómnibus seis o siete agarraderas, en vez de una, de modo que pudiera decuplicarse el número del racimo humano que solía colgarse pintorescamente de ellas. Habiera podido fomentarse gubernamentalmente el uso de patines; hubiera podido, ¡qué sé yo!, crear un ente autónomo encargado de vender bicicletas a plazos. . . Cualquiera, y aún ninguna solución hubiera sido a la postre mejor solución que la maldita idea del "sute".

Pero cuando comenzó la década con la Presidencia Martínez Trueba, y siendo Intendente el popular Barbato, ya era tarde para parar la idea del "sute". Montevideo estaba dispuesta a jugarse bajo la bandera "Subterráneo o Muerte". La necesidad del mismo le había crecido de manera imperiosa y profusa, al modo en que puede meterle un cáncer a un animal o al modo en que le crecen a una mujer ganas irrefrenables de tener novio o de comprarse un tapado de pieles. Son exigencias interiores que tienen toda la potencia de la vida más fuerte y que es inútil tratar de rehuir. Buenos Aires, la vecina, hacía demasiado tiempo que tenía tapado de pieles, digo, subterráneo, y no había argumento capaz de hacernos renunciar a nosotros a la construcción del nuestro. Se objetó que teníamos un suelo todo de piedra, se objetó que no había plata, se objetó que a lo largo de la historia cada vez que se ha construido un subte ha habido coimas sensacionales. Se objetó todo lo que se podría objetar y todo lo que no se podía. Todos los que podían objetar, objetaron Y nada. En la histórica noche del 23 de abril de 1951 el contrato fué firmado con la empresa constructora norteamericana correspondiente. Y las obras, iniciadas a fines del mismo año, se prometieron concluidas para fines del siguiente y lo fueron en efecto, según era de prever, para fines del otro. La apertura al público de los servicios fué anunciada con bombos y platillos para el 1º de enero de 1957. Días antes hubo un viajecito de prueba, a cargo de las altas autoridades y con invitaciones especiales a la prensa. En un momento en que se apagaron las luces, Hugo Alfaro, nuestro administrador, confundió a Barbato con miro y le pegó cuatro gritos. Hubo toda clase de confusiones y hasta pareció que aquello no iba a funcionar más. Pero, cuando se puso en movimiento, el subte transportó a toda la comitiva delirante en 8 minutos y 51 segundos contados desde la Plaza Independencia hasta Rivera y Comercio. Aquello era un éxito. La multitud enardecida pedía el rompimiento de relaciones con Perón, ahora que estábamos de igual a igual. Algunos, bramaban contra el Ele Ruso-Británico y vivaban el Colegiado y al embajador norteamericano. Otros querían a Barbato para Presidente, etc.

Nadie pensaba ya por entonces en el derrumbe del Palacio Salvo, ocurrido cuando las primeras excavaciones. Ni en las maniobras de un determinado ministro que, para hacer pasar el Subte por la puerta, digo, por el sótano de su casa, consiguió una leve desviación en las líneas logrando que éstas pasasen por Punta Carreta en su trayecto Centro-Unión. Era demasiado grande la conquista para pensar en tales nimiedades.

A fines de diciembre, ya nadie subía en tranvía ni en ómnibus ni en taxímetro. La gente vagaba a pie, como sonámbula, en torno a las puertas de las entradas del subte, esperando el primero de enero, y apostando minas increíbles sobre si el primer viaje sería Unión-Centro o Centro-Unión. Familias hubo que vendieron por bagatelas sus casas de Carrasco para comprar valorizadas casas de lata de la Unión, con el solo fin de que sus hijas viajaran en subte. Así llegó la fecha. El Subte se inauguró sin novedad. Y la gente fue normalizándose de a poco hasta... que llegó el 4 de setiembre de ese año.

En dicha fecha la noticia corrió como un reguero de pólvora por todo Montevideo. El subte no era tal! Había habido errores de cálculo en las obras! El subte se aproximaba a la superficie a razón de un centímetro diario! El subte aquel no era legítimo! Era algo así como un subte-corcho, resuelto a flotar sobre la superficie de la tierra!

Nunca se supo cuál teoría era la certera. Si la de la elasticidad de nuestro subsuelo. O si la de algún movimiento sísmico de ritmo lento. O si la de un defecto de los materiales. Pero lo cierto, lo efectivo, lo terrible, era que el subte recobraba el nivel del suelo. A casi un año de inaugurado, para la navidad de 1957, el techo del túnel ya resquebrajaba el hormigonado de la calle 18 y amenazaba con tumbar el obelisco.

La gente enloquecida se sublevaba contra los blancos del gobierno y el colorado de la Intendencia. Todos pedían el retorno de los Batlle al Ejecutivo y la inmediata entrega del Municipio a Fernández Crespo. Para enero de 1958, 18 se abrió del todo y dejó ver la techumbre de los vagones. En febrero, el subte había sacado ya todo el cuerpo al aire. De la cintura arriba, con el aire estupefacto de alguien a quien hubieran enterrado vivo y se levanta de la tumba. En marzo corría al nivel de la vereda, como un antiguo tranvía de la Comercial.

El golpe de mano lo pegó entonces el Gobierno Británico libre, instalado en la isla de Trinidad. Nuestro Gobierno no vaciló en suscribir una concesión devolviendo a los ingleses la explotación del Transporte urbano sobre rieles, a \$ 0.01 el boleto y por 99 años.

Así terminó aquel gran sueño.